

Una relectura del Documento de Aparecida.¹

Desafíos para la Vida Religiosa

Hna. Victoria López Guzmán, FHJ

Resumen

Con la lectura atenta del Documento de Aparecida, especialmente los capítulos que, a mi criterio, podrían tener más fuerza y proyección sobre el tema, dejé que su contenido resonara en mí, tratando de hacerlo entrar en diálogo con las búsquedas de algunos sectores de Vida Religiosa y las que vamos haciendo en mi propia Institución. Este trabajo trata de destacar algunas propuestas y desafíos que el Documento de Aparecida presenta a la Vida Religiosa, así como algunas ausencias.

Com a leitura do documento de Aparecida, especialmente nos capítulos que, segundo o meu critério, poderiam ter mais força e projeção sobre o tema, deixei que seu conteúdo ressoasse em mim, procurando fazê-lo entrar em diálogo com as buscas de alguns setores da Vida Religiosa e as que estamos fazendo na minha própria instituição. Este trabalho destaca algumas propostas e desafios que o Documento de Aparecida apresenta à Vida Religiosa, assim como, algumas ausências.

1. HACIENDO MEMORIA

Según mi percepción, el rostro de la Vida Consagrada en el Continente es muy diverso, así como diversos son los carismas y las formas de expresión que hemos ido apropiando a través de los años. No todas/os ponemos el acento sobre los mismos ejes, ni nuestra opción por el Evangelio nos ubica de la misma manera.

Pero, a mi criterio, aquello que hoy puede darnos un rostro más unificado como Vida Religiosa, son los desafíos a los que nos enfrenta la realidad de nuestro país y del Continente, algunos de ellos recogidos con más o menos fuerza en el Documento de Aparecida.

En los años 60, el Concilio Vaticano II convocó a los religiosos/as a emprender un camino como pueblo de Dios peregrino y a vivir una experiencia de renovación en profundidad. Esta llamada puso a la Vida Religiosa en movimiento hacia una nueva comprensión de su identidad-misión en el mundo. Lo más visible de este momento consistió en la búsqueda de lo nuevo de acuerdo a la realidad: nuevas prácticas y formas de expresión y una fundamentación teológica que tenía como base la inserción y el acercamiento al mundo de los/as pobres. Esta búsqueda estaba animada por un espíritu: la vuelta a las raíces evangélicas de la Vida Religiosa, al Evangelio,

como criterio y norma fundamental, y volver a las fuentes de los carismas fundacionales.

En esta peregrinación, la Vida Religiosa encontró a Dios en lo que, años antes, habría sido improbable: en el mundo, en medio de la cotidianidad de la vida y de sus actividades, en el contacto con los/as excluidos/as. De ese encuentro, surgieron los primeros intentos de renovar con profundidad modelos y paradigmas de Vida Religiosa, hasta entonces considerados intocables. (Nosotras como congregación² nacimos en la inserción unos años antes del Concilio, y no fue fácil la comprensión dentro de la misma Iglesia).

En el Continente latinoamericano, a partir de Medellín y Puebla el caminar con el pueblo pobre y creyente hizo a los religiosos/as conscientes de un mundo en el que había cansancio y sed, semillas de muerte y de vida, un abismo creciente entre ricos y pobres, marginaciones, exclusiones basadas en la cultura, el género, la clase social, entre otras³. Se fue configurando el viraje en dirección al mundo de los/as pobres, con sus cuestionamientos y desafíos. Se consolidó la experiencia de la Vida Religiosa inserta, como expresión radical de la opción por los/as pobres⁴, y así fue teniendo una gran incidencia y presencia cualitativa en lugares de frontera.

2. MIRANDO LA REALIDAD COMO LAS/OS DISCÍPULAS/OS

También en este proceso hubo igualmente sospechas, retrocesos, incomprendiones. Hubo testimonios de comunidades que iniciaron un camino

de inserción e inculturación y también mucho desgaste por las presiones al interior mismo de las instituciones. Poco a poco, por causas diversas, la Vida Religiosa fue entrando en un cierto cansancio, desencanto e incluso retroceso, tanto en las personas como en las congregaciones.

Hubo una vuelta, al “cobijo” de la institución, manteniendo las obras que protegían social y económicamente, retrocediendo en presencias pastorales realmente significativas.

Y así como la vida está en continuo movimiento y dinamismo, la realidad fue cambiando y presentando nuevos retos a la Vida Religiosa.

Actualmente, vivimos en una sociedad globalizada que, como bien dice el Documento de Aparecida, “*es un fenómeno complejo*” (nº 61) y su rostro más visible: la desigualdad y la exclusión, que continúan aumentando la incontable masa de pobres que este sistema neoliberal produce y deshecha, dejándolos al borde del camino.

Una consecuencia concreta de esta realidad excluyente, que afecta profundamente la vida y la cultura de nuestros pueblos es “*la migración forzada por la pobreza*” (nº 90). Con este fenómeno aumenta el endurecimiento de las políticas, y la adopción del actual modelo económico por parte de los gobiernos, hace más complicada la búsqueda de soluciones, se incrementan la pobreza y desigualdad social, excluyendo del desarrollo a amplios sectores de la sociedad, sin otra salida para sobrevivir que dejar sus familias y comunidades. En

todo esto es notable, el incremento de las violaciones a los derechos humanos.

En las grandes ciudades hay rostros que duelen. Innumerables personas que viven en la calle, mujeres y niñas/os sometidas/os al maltrato, al abuso y la violencia, el tráfico de personas (DA 402). Esto se ha convertido en una realidad cotidiana que mina la sociedad, genera corrupción y nos afecta en nuestra dignidad de personas, hijas e hijos de Dios.

La Iglesia y la Vida Religiosa, no escapa al efecto de todo esto, y yo diría que, tampoco a una cierta complicidad, si no por implicación, sí por omisión. El miedo a desinstalarnos y a perder estatus nos paraliza y esto hace justificar la falta de compromiso y la denuncia. Incluso a veces haciendo alianzas que no favorecen los proyectos de vida.

Al igual que el resto de la sociedad, la Vida Religiosa está bombardeada por los medios de comunicación en cuanto a estimulación por sexo, por el tener y por el poder, como el centro de la vida humana. Este hostigamiento, a fuerza de entrar por los sentidos, afecta a nuestras opciones y decisiones. Vivimos inmersas/os en un mundo materialista, consumidor y competitivo, que nos ofrece “la abundancia” a cambio del deterioro del planeta y de nuestra propia dignidad como seres humanos. “Cuanto más tienes, más vales”. No sabemos con claridad hacia dónde vamos y nuestras soluciones nos parecen parciales o no nos satisfacen.

Pero también es cierto que, junto a esta

realidad en la que nos reconocemos “estériles” vamos haciendo otras búsquedas y verdaderos intentos por interpretar y acoger los gemidos del Espíritu en medio de los/as más desfavorecidos/as. Podemos hablar de un verdadero proceso de humanización al dejarnos habitar por algunos rostros “desfigurados”, que nos han ido revelando el rostro de Dios y el rostro de nuestra propia humanidad también desfigurada.

Hablo de una experiencia de discipulado, que nos está llevando a experimentar a Dios de otra manera, convencida de que, “*oyendo como lo hacen las discípulas*”, vamos regenerando nuestras energías y nuestra vocación, como parte de una mística que configura en nosotras un rostro y un corazón gozosos.

Dentro de la Vida Religiosa, percibo a un buen número de religiosas/os que queremos mantenernos tercamente frente a esta realidad herida y a la vez habitada por Dios. Los desafíos a los que estamos enfrentadas/os son innumerables. Me limito a señalar algunos que creo irrenunciables para hacer creíble nuestra vida.

3. DESAFÍOS PARA LA VIDA RELIGIOSA

En general, en los nueve números que abordan directamente el tema de la Vida Consagrada (216-224) no percibo ninguna novedad ni resonancia significativa. Su contenido no tiene fuerza ni refleja las nuevas búsquedas teológicas y pastorales hechas hasta ahora. Sin embargo una relectura en clave de Reino y compromiso, nos permite vislumbrar hacia dónde encaminar nuestros

pasos en este momento histórico.

3.1 Nuestra dimensión profética y la centralidad en Jesús

Recuperar nuestra dimensión profética y la centralidad en Jesús (DA 220). Los cambios de paradigma que vive la sociedad, (DA 185) interpelan a la Vida Consagrada, y la impulsa a buscar respuestas históricas más significativas para el mundo de hoy. Las respuestas de ayer ya no corresponden a la realidad de hoy. A nuevas realidades y preguntas, nuevas respuestas y compromisos. “*El vino nuevo necesita odres nuevos*” (Mc 2,18-22). Es importante hilar fino para percibir y discernir los signos de los tiempos (DA 33), y para ello es necesario abandonar el “territorio de las evidencias”, de lo ya sabido y conocido, para recuperar “esencia”, abandonando envolturas que no corresponden a la exigencia del Reino ni a la realidad de hoy (DA 219).

3.2 Opción preferencial por los pobres

La opción preferencial por los pobres (DA 391-398) como parte constitutiva de la Iglesia y de la Vida Religiosa, nos lleva a poner la mirada *hacia fuera* de nuestras comunidades, pero una mirada que no se centre una vez más sobre nuestro pequeño mundo interno, sino hacia ese mundo, deshumanizado, fracturado, donde multitud de hermanas/os viven hoy la pasión de Jesús. Vamos a permitirnos buscar, mirar, escuchar, porque “*aquellos que escuchan, recibirán un nombre nuevo de la mano de Dios*” (Ap. 2,17).

Esto equivale a salir de nuevo de nuestros conventos y seguridades, y “plantar nuestra tienda” ahí donde nuestra solidaridad está ausente: con los sectores más empobrecidos, no desde el poder, la abundancia o el saber, sino como lo hacen las/os discípulas/os, como un signo humilde y sencillo, y desde una presencia compasiva, que muestra esa otra “COM-PASIÓN” con mayúsculas.

No necesitamos grandes obras ni grandes signos para acercarnos a los lugares de fractura: personas que viven en la calle, a la intemperie (DA 402, DA 407-410) con un cartón para pasar la noche como única propiedad, mujeres y hombres utilizadas/os y vendidas/os en sus cuerpos, la realidad dramática de los/as emigrantes, de indígenas desplazados/as y humillados/as en las fronteras (DA411).

La compasión y la gratuidad, son signos que nos acercan y nos hacen hermanas/os posibilitando una presencia respetuosa, por medio de la cual, la otra persona no se sienta objeto de nuestra caridad o nuestro asistencialismo, sino reconocida y amada en lo que es, en su dignidad de persona humana, querida y amada por Dios. Es parecido a ese pequeño signo de Belén, ¿hay una manifestación más pobre de Dios, y al mismo tiempo más salvadora que esta?

3.3 Espiritualidad del encuentro

Una espiritualidad del encuentro. En este mundo competitivo y movido por la eficacia, que al mismo tiempo que nos acerca con su tecnología, crea profundas soledades (DA 518), es importante

priorizar la mística del encuentro, de las relaciones, la mística del discípulo/a que mira con ternura y se deja conmover en sus entrañas por otros cuerpos y miradas vacías, solas, rotas, a los que la sociedad les niega su palabra y hasta su presencia (DA 139, 532).

A veces, esas mismas soledades y exclusiones las encontramos al interior de nuestras propias comunidades. Abordaré este punto más adelante.

No tengamos miedo a que en este acercamiento, nuestra interioridad e incluso nuestra identidad se sientan amenazadas. Utilicemos nuestra inteligencia para ser personas creativas en la manera de acercarnos a otras personas, inventivas para escucharlas, para acoger sus preguntas, sus carencias. Y esto significa no refugiarnos en una espiritualidad que nos cobije, sino abrirnos a una espiritualidad que nos ponga al “margen”, no por influencia “*meramente sociológica*” para citar la “sospecha” del documento sobre la Vida Religiosa (DA 100 b), sino en nombre del Nazareno que se jugó la vida por y desde los marginales.

3.4 Escasez de vocaciones

El Documento de Aparecida insiste con preocupación en la escasez de vocaciones. Respecto a la Vida Religiosa dice: “*constatamos que el crecimiento de la Iglesia, sobre todo de las religiosas, se aleja cada vez más del crecimiento poblacional*” (DA 100 a). Esta afirmación es real, así como es real que este dato nos preocupa a veces exageradamente.

También dentro de nuestras comunidades, resuena a menudo la palabra “cri-

sis”. Es importante situar esta crisis, dentro de una crisis global que afecta a toda la Iglesia y a la sociedad. No para restarle importancia, sino para ubicarnos dentro de un contexto más amplio, y por tanto no buscar soluciones aisladas.

El problema no se soluciona paralizándonos ante las estadísticas. Es importante, analizar las causas no sólo de la falta de vocaciones sino de la desertión en la Vida Religiosa, y dejar que los acontecimientos y la vida nos cuestionen: ¿Qué sucede en nuestras comunidades? ¿Responden las estructuras y compromisos a la realidad actual?

3.5 Tiempo de la “vulnerabilidad”

Ahora es el tiempo de la “vulnerabilidad” y es importante tomar conciencia de ello. Atravesar esta crisis, puede convertirse en un momento de Gracia y purificación para la Vida Religiosa (DA 548). Momento apasionante porque tenemos casi todo por inventar. No es el tiempo de las grandes obras, ni los grandes discursos, aunque nos cueste creerlo, sino de una presencia humilde. Ya no tenemos ni la fuerza ni la credibilidad que teníamos hace unos años, aunque el Documento afirme lo contrario, cuando dice que “*la Iglesia goza de un alto índice de confianza y credibilidad por parte del pueblo*”. Y aunque nos parezca absurdo, el Evangelio nos dice que, desde la vulnerabilidad, el no-poder, el no-control, Dios se nos revela. Las seguridades sólo nos sirven para vaciar de contenido evangélico nuestras opciones y para vivir en la tibieza.

Nuestra credibilidad pasa también por intensificar la colaboración con las/os

laicas/os, en tejer redes con otras instituciones y por la apuesta en la intercongregacionalidad, un aspecto ausente en el Documento y que, sin embargo, se ha venido trabajando desde hace tiempo en la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe.

3.6 La vida comunitaria

Aun si el tema de la vida comunitaria en el documento es de una gran pobreza, me parece importante abordarlo, por ser el lugar desde donde se deberían modificar algunas estructuras y proyectar compromisos.

La vida comunitaria aún siendo un eje importante de la Vida Religiosa, no existe para sí misma sino en función de la misión. ¿Podemos crear en nuestras comunidades un ambiente donde las personas puedan crecer, vivir e incluso atraer a otras? ¿Qué estructuras mantener y cuáles reinventar?

Nuestras comunidades no son siempre la expresión de lo que deseamos y decimos vivir, y en ellas encontramos serias contradicciones.

Se percibe en su interior, la necesidad de un espacio que contenga nuestras historias, nuestra afectividad, que acoja nuestros sueños y nuestras preguntas, que impulse nuestra creatividad, que respete la particularidad de cada una/o. Un lugar donde se forme a las personas en la conciencia crítica y la autonomía, donde entreguemos y acogamos nuestra experiencia de Dios, nuestras inseguridades, tanteos y crisis. Estamos necesitadas/os de relaciones inclusivas

y circulares, donde vayamos recuperando el gusto por el discernimiento, por el compartir comunitario y por el sentido de lo festivo. Esencialmente la comunidad debería ser el lugar donde se comparte la Palabra y nos acompañemos mutuamente en la fe.

Frente a una sociedad competitiva, y a un mundo desgarrado por la violencia, las ideologías y el racismo; la vida comunitaria es una alternativa a la sordera y la fraternidad, a la inclusión y a la ternura.

3.7 Un tema pendiente: género

Hay un tema pendiente al que la Iglesia no puede seguir escapando. Me refiero al tema de género, igualmente ausente en el Documento de Aparecida o tratado en términos de “*ideología de género*” (DA 40), *genio femenino* (DA 458 a), o como la necesidad de “*favorecer el desarrollo de su identidad femenina*” (DA 457), pero en ningún momento aborda las búsquedas de la Vida Religiosa desde la perspectiva de género, ni los conflictos derivados por estas búsquedas al interior de la Iglesia.

Después de siglos de silencio y de invisibilidad, las mujeres comenzamos a decir nuestra palabra en la Iglesia. Palabra titubeante al inicio, contestada y negada muchas veces, y actualmente haciéndose más clara y convincente. Desde hace unos años la Vida Religiosa femenina, entró en esta dinámica de reflexión, de estudio y de sistematización de la teología y la espiritualidad, como una necesidad de ahondar y fundamentar el misterio de Dios, partiendo

de la propia experiencia.

En el Documento de Aparecida, se nos hace un llamado a la comunión con los pastores y a la colaboración. Las preguntas surgen en torno a: ¿Qué tipo de colaboración? ¿Tenemos, al igual que los varones, poder de decisión dentro de la Iglesia? ¿Es escuchada la voz de las religiosas desde los lugares de frontera? (DA 99, 217, 218) ¿Es reconocido de manera efectiva y justamente remunerado el trabajo de tantas religiosas en el campo pastoral? He presenciado verdaderas situaciones límites de sobrevivencia y explotación. ¿Colaboración o sumisión?

En la Vida Religiosa, las mujeres hemos ido tomando conciencia de quiénes somos, de lo que queremos y podemos llegar a ser. Pero también es cierto que nos estamos abriendo camino con mucho dolor, especialmente en sociedades tan machistas como la nuestra.

Hemos dado pasos y seguimos aprendiendo a construir nuestra propia experiencia espiritual, pero aún nos quedan algunos por dar. Algunas veces, las barreras están dentro de nosotras mismas, de nuestras propias instituciones, de los estereotipos y valores que la sociedad nos ha ido introyectando tanto a hombres como a mujeres.

Es importante que sigamos apostando a una formación que nos vaya recreando como mujeres autónomas, capaces de tomar decisiones que nos impliquen y hagan de otras mujeres y otros hombres, personas con dignidad; que seamos solidarias entre nosotras y rompamos el miedo a desplegar nues-

tra personalidad, capaces de sostener nuestros sueños, nuestra palabra, el fundamento de nuestra vida, de nuestras opciones y decisiones.

Y como el tema de género no está únicamente relacionado con las mujeres, igualmente los varones religiosos se enfrentan al desafío de la apertura y al diálogo, en un contexto en el que su “palabra” ya no es la única, y a una autocrítica seria de los procesos crecientes de clericalización, como una manera de recuperar el profetismo de la Vida Religiosa.

Me parece que el desafío común es el de seguir apostando al diálogo, a la colaboración y construcción de relaciones simétricas y adultas, que reconozcan los diferentes aportes, indispensable para el testimonio eclesial y la construcción de verdaderas comunidades de discípulos y discípulas.

3. 8 La oración contemplativa

La oración contemplativa es el núcleo de la identidad de la Vida Religiosa y lo que proporciona energía a nuestro estilo de vida. Hablar del Seguimiento de Jesús supone hacerlo desde esta dimensión contemplativa⁵, acogiendo esa “*luz que nos visita de lo alto*” (Lc 1,79) y que infunde en nosotras/os la mística que da calidad a nuestros compromisos y proyectos.

No basta encontrar a Dios en los/as pobres, hay que saberlo encontrar también en la *Palabra, la Eucaristía y el silencio de la oración*.

En la Vida Religiosa, conocemos a menu-

do las tensiones, divisiones y confrontaciones que nos fragilizan. En medio de las pruebas y dificultades, la oración aparece como un diálogo con el Dios gratuito que impulsa a la generosidad y sostiene la esperanza, algo inseparable del seguimiento de Jesús.

Percibo el desafío de ponernos a los pies de Jesús, como la mujer del Evangelio, conscientes de que, solamente podemos enfrentar los conflictos, sostenidas/os por una mirada interior que se va modelando en la oración y nos hace tomar decisiones maduras, como hombres y mujeres testigos de la resurrección.

* * *

Estamos en camino y nos sabemos acompañadas/os por la Sabiduría Divi-

na, aquella que nos capacita para gestar una respuesta nueva al llamado que Dios y la historia nos hacen hoy.

Que este mismo Dios solidario, nos haga entrar en la dinámica de lo gratuito, de la presencia, la confianza y la sencillez... y en ese proceso de aprendizaje haga de cada una/o de nosotras/os, mujeres y hombres con raíces, como aquellos árboles plantados junto a corrientes de agua, para dar a tiempo nuestro fruto.

Notas

¹ Participación en el IX Simposio Internacional de Teología de la Universidad Iberoamericana de México. 2007.

² Fraternidad Hermanitas de Jesús.

³ Puebla, n° 120; Santo Domingo 108.

⁴ DE FREITAS, Carmelita, "Opción por los pobres en tiempos de neoliberalismo", Revista CLAR No 1, 1997, p. 49-60.

⁵ CHITTISTER, Joan, OSB, "El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la Vida Religiosa, hoy".

